

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Gran banquete dado á los señores de la comision encargada de gestionar en el asunto del ferro-carril gaditano, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo. Segunda parte.* = *La lengua de la verdad, por D. Adolfo de Castro.* = *El alcázar de Ronquillo, por Amocil, continuacion.* = *Geroglífico.*

GRAN BANQUETE

DADO Á LOS SEÑORES DE LA COMISION ENCARGADA DE GESTIONAR EN EL ASUNTO DEL FERRO-CARRIL GADITANO.

Cádiz no es posible que haya olvidado ni que olvide nunca la dolorosa impresion que en él hicieron las dificultades ocurridas respecto al emplazamiento de la estacion de su ferro-carril en Sevilla. Este parecía ser un nuevo golpe sobre los ya tantos y tan terribles sufridos en la grande obra, á la que ha consagrado tantos deseos, ante la que no ha rehusado arrostrar tantos sacrificios; sacrificios y deseos esterilizados por largo tiempo, y de los cuales aun no ha alcanzado el fruto, que huye cuando mas próximo lo mira, de sus ávidos labios, como huye el agua de la sedienta boca de Tántalo. ¿Qué fatalidad es esta que así pesa sobre nuestro ferro-carril y que tan duramente lo oprime? ¿Qué hidra es esta cuyas cabezas, cortadas una á una trabajosamente, vuelven á brotar cada vez mas horribles y amenazadoras?

Ni la oportunidad del momento ni la índole especial de nuestros escritos nos permiten profundizar este punto. Solo aquí lo mencionamos porque él sirve para explicar la disposicion de los ánimos en los aciagos momentos en que una fatal noticia vino á exacerbar un mal que tanto tiempo lleva de afligirnos sin tregua ni descanso.

Sevilla, alarmada por sus intereses que

ABRIL.

creía perjudicados en el emplazamiento de la estacion de Cádiz, reclamó con energía en contra de la disposicion que así lo prescribió. Nuestra ciudad creyó ver en ello un nuevo obstáculo á la ya próxima realizacion de sus esperanzas, y lanzóse, acaso con no menos energía, á combatir pretensiones que pudieran afectarla gravemente. En casos tales no es posible exigir de todos la prudencia y la cordura, que colocándose mas arriba de las pasiones, pueden elevarse al terreno de la apreciacion imparcial de los hechos y de la conciliacion de las exigencias, por lo comun exageradas, de los hombres y hasta de los pueblos. Existe sin embargo en estos un fondo de buen sentido, que si en momentos dados tal vez pervierte por la mala direccion que se le imprime, vuelve fácilmente á su natural nivel, como las aguas que dejan de ser agitadas. De este buen sentido supo aprovecharse oportunamente nuestro municipio, bien así como las corporaciones y mayores contribuyentes á él llamados, y en una reunion donde el celo por el promunal iba armonizado con la templanza, y donde la energía se aunaba con el sano consejo, se acordó el nombramiento de una comision que sin pérdida de instantes pasase á Madrid á gestionar lo conveniente, teniendo todos el buen juicio de no restringir por medio de embarazosas instrucciones las amplias y ómnimodas facultades que se le concedian, y cuyo buen uso justificaban de antemano los distinguidos y respetables nombres de los señores allí elegidos, con aplauso de la poblacion entera. A las pocas horas ya la comision habia abandonado los muros de Cádiz.

Graves dificultades era fuerza vencer, y esto estaba en la conciencia íntima de todos. La cuestion se habia agriado hasta un punto alarmante; pero nuestros comisionados, fiando en su buena fé y en su lealtad, contaron, y no en vano, con la lealtad y la buena fé de los que representaban los intereses de Sevilla.

Un arreglo que dejaba ilesos aquellos intereses y los nuestros fué propuesto y á todos satisfizo. Cádiz y Sevilla olvidaron su saña de un momento, ó mejor dicho, el amago de su saña, y reanudaron mas firme que nunca el lazo fraternal con que las quiso ligar la misma naturaleza. Volvió la comision, y á su paso el municipio sevillano la recibió con honras tales que debieron afectarla y enorgullecerla. En Cádiz obtuvo la mas cordial, la mas entusiasta acogida, y entre los homenajes que se la quiso tributar, fué uno de ellos el banquete de que vamos á ocuparnos, y que tuvo lugar la tarde del jueves 7 del que rige. De él nos cumple dar una breve reseña, no por via de exacta descripcion, porque hay cosas que no se describen, sino para dar una idea de él á nuestros lectores, siquiera esta idea solo sea aproximada de la magnificencia y del gusto que en él se desplegaron.

Habiase elegido previamente por los señores suscritores, una comision compuesta de los Sres. D. Fernando de Abarzuza, D. Juan Arámburu, D. José Gomez de Bustamante, D. Diego Carrera, D. Francisco Augusto Conte, D. Manuel Marzan y D. Luis Terry Villa. Estos nombres nos dispensan de todo encomio, porque ellos revelan acendrado gusto, práctica en tales cargos, delicado tacto en la resolucion de todas las cuestiones que en casos semejantes pueden surgir, y actividad incansable.

Difícil era buscar local conveniente para una mesa que habia de contener con comodidad mas de cien personas, porque tales salones, si no comunes en ninguna parte, son muy escasos en Cádiz. Fijáronse sin embargo las miradas de la comision en el gran salon de actos públicos de la Academia provincial de Bellas Artes, y obtenida que fué la autorizacion procedióse á disponer lo conveniente, tanto en el local ya dicho como en las demás partes del edificio que habrian de utilizarse al efecto.

El salon, ya decorado por sí mismo con las excelentes pinturas del museo de la provincia, recibió no obstante nuevos exornos. Colocáronse en todas las ventanas grandes cortinas de verde y rojo pendientes de elegantes sobrepuertas; colgáronse gran número de arañas de cristal, y en el testero se situaron, entre adornos de oro y guirnalda de flores, los retratos de SS. MM. la Reina y el Rey. La mesa, de forma cuadrilonga, y cuyas opuestas cabecezas representaban segmentos de círculos, ostentaba todas las maravillas de la riqueza y todos los primores de la elegancia mas esquisita. Porción de suntuosos candelabros y esferas de plata, en los cuales el trabajo del

arte oscurecia lo rico de la materia; multitud de magníficos jarrones de caprichosísimas y variadas formas, y que sostenian ramos de flores en profusion sorprendente; graciosos y esbeltos fruteros, sobre los cuales se alzaba la meridional naranja, á par de la americana piña y de la odorífera fresa; y todo esto sirviendo como de cortejo al pavo en galantina, al queso de puerco, al jamon *glacé*, á los innumerables platos de dulce y de pastelería, harán formar una idea de los preparativos de este banquete, que sin exageracion pudiera llamarse régio. Imagínese además este conjunto encantador iluminado por trescientas lucas en diez y ocho arañas de cristal y treinta grandes candelabros, y ya podrá juzgarse no es nada inexacta la calificacion que acabamos de hacer de este festejo, digno de su objeto, y digno no menos de las personas á quienes iba dirigido.

Las esquelas de aviso designaban como hora para él prefijada la de las seis y media de la tarde. Llegada esta, multitud de coches particulares se dirigieron á buscar á las autoridades invitadas, yendo en cada uno de aquellos uno ó mas Sres. comisionados al efecto. A poco ya estaban reunidos todos los que habian de tomar parte en el acto, siendo su número de ciento y cuatro y habiendo faltado no pocos por causas ajenas á su voluntad.

Del mismo umbral de la puerta arrancaba la alfombra, que era roja y blanca, y seguia á todo lo largo de la escalera, cuyos pasamanos se habian forrado de terciopelo carmesí. En lo alto de la ya citada escalera la alfombra variaba de color, trocando en verde el rojo, y así cubria los pavimentos de la galería de estrechos y de la que con ella en ángulo recto se continúa, que se habian designado para salas de recibo y de café. Una vez allí se entregaba á cada cual un sobre con nombre y número iguales á los que debia contener la tarjeta colocada en el respectivo sitio de la mesa. Dentro de este sobre habia una cartulina litografiada con la lista de los platos.

Algunos minutos despues de las siete el segundo golpe de tam-tam anunció el momento de sentarse á la mesa. Hacian los honores de ella, en nombre y por especial mision de los asociados, el Excmo. Sr. Capitan general de la armada D. Casimiro Vigodet y el Sr. D. Pedro Rudolph, hoy en veces de alcalde. El Sr. Vigodet tenia á su derecha al Sr. Gobernador civil y á su izquierda al Sr. D. Antonio Gargollo, alcalde de Cádiz y presidente de la comision en Madrid. A la derecha del Sr. Mantilla estaba el Excmo. Sr. Gobernador militar D. Mariano Rebagliato. Frente á estos, y á los lados de la segunda presidencia, se senta-

ron el Excmo. Sr. Capitan General de este departamento D. José de Bustillos, y nuestro Illmo. prelado el Sr. D. Juan José Arbolí. A los lados de unos y otros seguian los demás individuos de la ya enunciada comision residentes hoy en Cádiz á saber: los Sres. Valverde, Florez, Zulueta, Lavalle y Guilloto, y pasándose de aquí á los miembros del ayuntamiento que concurrieron, se terminaba en las demás personas, con arreglo al orden previamente acordado.

A cosa de las diez se sirvió el Champagne, y pronunciados los brindis oficiales á SS. MM. la Reina y el Rey, S. A. R. el príncipe de Asturias y Real familia, pasóse á brindar por la comision, objeto del presente festejo, y que de un modo tan lisonjero habia llenado su cometido. El Sr. D. Pedro Víctor, comisario régio del banco de Cádiz, con ese decir en que sabe aunar lo enérgico con lo fácil, llamó muy especialmente la atencion sobre la importancia de un suceso que parece ligar indisolublemente á nuestra ciudad con la de Sevilla su hermana, y el Sr. Zulueta, en pocas y bien sentidas razones, corroboró lo espuesto proponiendo un brindis á la ciudad de Sevilla, á su comision y á sus diputados, que el Sr. Gargollo adicionó con estas palabras: "Y á su ayuntamiento." El brindis fué acogido con aplausos y vivas.

Nuestro elocuentísimo obispo dijo algunas palabras que, como todas las suyas, llevaron el sello de la oportunidad. Despues de hacer ver como la Iglesia se glorifica en todas las mejoras sociales, en todos los adelantos del siglo, manifestó que seria para él un dia de placer vivisimo aquel en que pudiese bendecir la via férrea en su inauguracion. El mas sincero júbilo acompañó las palabras del digno Sr. Arbolí.

No por larga, por imposible dejamos la empresa de trasladar aquí uno á uno todos los brindis propuestos y aceptados. Ni á tanto bastaria la memoria ni á tanto la pluma. Como único en verso, y no por otra cosa, copiamos á continuacion el que allí leimos.

Pasóse á la sala del café, y á cosa de las once se retiraron los mas, siendo no pocos los que antes lo habian verificado.

Así terminó este suntuoso banquete, digno de lo fausto del motivo. Felicitamos por su acierto á la comision que le ha tenido á su cargo, y felicitamos además á la que ha merecido ser así festejada por sus convecinos. Nunca mayor gratitud ha galardonado servicios mayores.

FRANCISCO FLORES ARENAS

A los señores de la Comision gaditana a quienes se dedica el presente festejo.

OCTAVAS.

Cercano viendo el fin de su esperanza
Los hijos de la hermosa Andalucía,
En himnos de placer y bienandanza
Ya saludaban el ansiado dia;
Mas el genio del mal rugidos lanza,
La frente asoma á su caverna umbría,
Y con lengua jamás al daño muda
Bramando pide á la discordia ayuda.

Y ella acude, y con lívido semblante
Sus ojos de ira por do quier pasea,
Y del Guadalquivir al mar de Atlante
Revuelve en giros cien su horrible tea.
Prende el incendio, cunde amenazante,
Goza en su triunfo la implacable dea,
Y ante el amago de fraterna saña
Gime el pueblo andaluz, llora la España.

Salvónos la cordura: el cielo mismo
Que vé en el corazon, que de él es dueño,
A vuestro puro y noble patriotismo
Confiar inspiró tan alto empeño.
Os bastó hablar, y el monstruo huyó al abismo,
Y viéronse, depuesto el torvo ceño,
Abrazadas del Betis en la orilla
Gades la ilustre, la ínclita Sevilla.

Tras vértigo fatal la paz fulgura
En sus hermosas frentes soberanas,
Que al repartir sus dones la natura
Hízolas reinas cual las hizo hermanas.
Si el eco de amistad que allí se jura
Hoy repiten las playas gaditanas,
Si un interés comun el pacto sella,
Vuestra obra contemplad, gozaos en ella.

Gozaos en ella, sí, nobles patricios;
Gozad en el tributo que este dia
Por alto galardón de altos servicios
Os ofrece en su amor la patria mia.
El os dice, tras tantos sacrificios,
Que al que lealtad y fé lleva por guia
Jamás niegan por timbres de su gloria
Los pueblos gratitud, palmas la historia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Ana estaba hermosa como siempre cuando sus primos, D. Pedro y D. Juan Alfonso de Carvajal llegaron hasta ella y la saludaron cordialmente, si bien con cierta embarazosa cortedad.

—¿Por qué no me avisásteis de vuestra venida? preguntó el mayor de los dos hermanos.

La condesa se sonrió y tendióle una mano con el mismo aire distinguido y noble de que solía revestirse siempre que quería; fijó sus ojos en un sillón que estaba colocado cerca del que ella ocupaba, y haciendo una seña tomó al fin la palabra y dijo á los dos hermanos:

—Sentaos si gustais, tenemos mucho que hablar.

—Si ese es vuestro deseo, dijo D. Pedro antes de tomar asiento, estoy pronto á consagraros todo el tiempo que gustéis; mas permitidme, prima mia, que os haga una pequeña observacion. Sin duda estareis cansada y ese traje os molestará demasiado. ¿Teneis algo que mandarnos? ¿quereis alguna cosa?

—Nada, primo mio; soy fuerte y mis jornadas han sido bastante cortas.

D. Pedro y D. Juan tomaron asiento junto á ella.

El mayor de los dos hermanos era un jóven de bella y franca fisonomía si bien un tanto melancólica; el otro no estaba del todo desarrollado; era casi un niño.

—Hablad, dijeron los dos á la vez.

Doña Ana se recogió en sí misma como si tratase de amontonar en su mente un cúmulo de recuerdos, mas ó menos lejanos y perdidos; mas ó menos tristes ó agradables. Sus ojos perdieron un momento el fuego que les hacia irresistibles; su boca se contrajo, no ya con la misma sonrisa seductora de antes, sino de una manera que no tiene nombre, porque aquello no era sonreír ni llorar, y su frente altanera parecia que se plegaba bajo el peso de aquellos recuerdos. Luego miró á los dos jóvenes que la contemplaban silenciosos, y no atreviéndose todavía á engolfarse en la conversacion que queria tener con ellos les preguntó con cierta ironía:

—¿Quereis decirme cómo os va con el rey?

—El rey, señora, respondió Pedro, no nos trata con demasiada blandura; pero ¿qué hemos de hacerle? Tiempo vendrá en que se convenza de que no es justo mirar con desvío á los que son nobles y leales.

—Tiempo vendrá... Sí, sí, eso es; prosiguió Ana con amargura; el hombre vive esperando siempre, como á él le espera la muerte, que al cabo llega muy callada y le arrastra al sepulcro donde sigue esperando!...

—Decís eso en un tono demasiado lúgubre, prima mia! ¿Quién piensa en la muerte por ahora? Todavía somos los tres demasiado jóvenes...

—Es verdad, murmuró la condesa; todavía no tenemos treinta años ninguno de nosotros, y treinta años puede calcularse que vienen á ser menos de la mitad de la existencia mediana de un hombre; pero al cabo llegamos á esa edad, pasamos de ella y vamos avanzando en la senda de la vida sin que nunca nos consideremos demasiado viejos para cansarnos de amarla. Mi padre tenia diez lustros cuando murió y pensaba vivir otros diez.

—Por qué recordais eso? preguntó el menor de

los dos hermanos al acordarse á su vez de que el padre de Ana murió de muerte violenta.

—Eso mismo suelo preguntarme yo muchas veces, prosiguió ella. Suelo acordarme con tanta frecuencia de aquellos sus espantosos postrimeros instantes, que en mas de una ocasion he tratado de tener bastante fuerza de voluntad para apartar de mi memoria el recuerdo de su muerte. ¿Será, me he preguntado, que soy en extremo susceptible y poco generosa para olvidar que hubo un asesino de por medio? ¿Será, que habiendo nacido débil, echo de menos la pujanza que Dios ha dado al hombre y la envidia y reniego de mi impotencia?

—Serenaos, prima; estais demasiado agitada.

—¿Qué quereis? no puedo remediarlo. Así como yo no tenía mas que un padre, mi padre no tenía mas que una sola hija. ¿Entendeis, Pedro? ¿Lo habeis escuchado, Juan? Mi padre no tenía quien le vengara y bajó al sepulcro dejándome huérfana y sola en el mundo.

—Vuestro padre, prima mia, tenía parientes que le hubieran vengado.

—¿Y qué me quereis decir con eso?

—Quiero deciros que su homicida ha permanecido invisible para todo el mundo; que nadie ha pronunciado su nombre todavía.

—Su nombre! exclamó Ana riendo sardónicamente; si los deudos, amigos y parientes de mi padre hubieran llegado á saber como se llamaba el vil matador del conde de Cinco-villas, hubieran ido á echarse á los pies del rey para pedirle justicia y que lo entregase á los tribunales...

—¿Qué otra cosa pudiéramos haber hecho tratándose de un vil asesino?

—Sin duda; pero si ese hombre hubiese estado por encima de los tribunales y hasta casi por encima del trono... entonces ¡oh! entonces lo hubiérais puesto todo en la justicia de Dios.

D. Juan y D. Pedro se dirigieron simultáneamente una mirada de asombro como si temiesen que Doña Ana hubiera perdido la razon.

—No acierto á comprenderos, dijo al fin el mayor de los Carvajales con grave y mesurado acento; cualquiera diria que nos estais reprochando, y sin embargo acabais de deciros...

—No vacileis en repetir mis palabras.

—Pues bien; habeis dicho que ese hombre pudiera estar por encima del trono y de los tribunales de justicia.

—Cabalmente, respondió Doña Ana con firmeza.

—¿Os referís al infante? ¿Os referís al rey por ventura?

—Sí, me refiero á los dos, volvió á decir Doña Ana con el mismo aplomo y con igual entereza.

—Oh! me asustais, murmuró Pedro poniéndose pálido.

—Pensad lo que decís, añadió Juan levantándose maquinalmente y volviendo á sentarse como avergonzado de haberse mostrado tal vez demasiado débil.

La condesa dejó entrever en sus labios una sonrisa desdeñosa que á la vez irritaba y comprometia.

—Perded cuidado, señores, dijo con un acento

que estaba en perfecta consonancia con su sonrisa; por fortuna estais en vuestra casa, nadie nos oye y, cuando mas, yo soy la única que trata aquí de estos asuntos. La cólera del asesino de mi padre no ha sido provocada por vosotros. No hay que tener miedo, señores.

Pedro se mordió el labio inferior creyendo que Doña Ana le insultaba, y al cabo se contentó con responder:

—No es miedo lo que sentimos, señora; somos bastante honrados y leales, y no en vano tenemos nuestras conciencias tranquilas; pero habeis formulado una tremenda acusacion que pudiera costaros muy cara. ¿Estais segura de lo que decís? Oh! meditadlo bien, prima mia.

—Meditar! ¿Habeis dudado alguna vez de lo que sabeis con certeza, de lo que habeis visto con los ojos del alma? oh! no; sería cerrar las puertas á la evidencia; borrar los recuerdos escritos en la mente con caracteres de fuego. Decid á vuestro corazon que olvide la imágen de Elvira, haceldle dudar del amor que siente por ella y el corazon os dirá ¡mientes! tu deseo es una insensatez. Lo mismo me sucede á mí; yo he visto morir á mi padre y he conocido á sus matadores; ¿quereis que me niegue á lo que sé con certeza?

D. Pedro y Juan volvieron á mirarse con asombro. Los amores del primero con Elvira eran ignorados de casi todo el mundo. ¿Cómo Ana, que en concepto de ellos residía muy lejos de Valladolid, estaba iniciada en semejante secreto?

—Veo que os asombráis en extremo; prosiguió Ana gozándose en la turbacion que ambos manifestaban; os admiráis, y á pesar de eso no me decís que medite mis palabras. Por qué razon? Sin duda porque estais enterados de ello, porque sabeis que no he sostenido una falsedad. Si tambien os hubiera dicho que Elvira no será vuestra porque el rey se opone y os tiene mala voluntad, entonces me diriais: "Meditadlo, señora, ved lo que decís; nosotros somos honrados y tenemos nuestra conciencia tranquila."

—Respecto á lo que habeis dicho antes, prima mia, dijo Pedro, no he podido asegurar que os equivocábais, siendo como es cierto que adoro á Doña Elvira. Por muy puro que mi amor sea, no puedo desconocer que hay grandes vicisitudes en la vida y que á veces el rigor de nuestros hados se empeña en hacernos infelices contrariando nuestra vo-

luntad. Pudiera ser que otra, mas poderosa que la mia, se opusiese á mi felicidad; pero eso no obstaria para que yo, seguro en mi conciencia, pudiera decir á toda hora: soy desgraciado, pero nunca he faltado al honor.

—¿Y renunciariais gustoso al amor y á la posesion de Doña Elvira?

—En cuanto á eso, Ana, murmuró Pedro bajando la voz, yo no os puedo decir lo que haria; su imágen está muy hondamente grabada en mi memoria para que me fuese posible olvidarla un solo momento; tal vez lucharia con todos los enemigos que me disputasen tan rico tesoro, y acaso... quién sabe? acaso arrostraria los rigores del mismo D. Fernando si este se opusiera. Vos abrigais tal vez ese convencimiento segun acabo de oiros, y yo no sé la razon en que os apoyais. ¿Qué interés puede tener el monarca en que yo no me case con Elvira?

—Qué interés? preguntádselo á su conciencia, replicó Ana moviendo lentamente la cabeza; voy á depositar en vosotros mi secreto que nunca descubriréis; voy á contaros una historia que va á convenceros de todo eso y de mucho mas; voy por fin á daros un cariñoso aviso y luego os dejaré en completa libertad para que vivais confiados ó precavidos. ¿Estais dispuestos á prestarme vuestra atencion y á no descubrir, por nadie ni por nada de este mundo lo que voy á deciros?

—Hablad, prima; os lo juramos por la fé de nuestros mayores; por la salvacion de nuestras almas.

La condesa se reclinó en su sillón, apoyó un brazo sobre la mesa y llevando la mano á su frente, se quedó un instante meditabunda entornando sus párpados; luego los abrió de pronto y dejando escapar una mirada intensa que fué á fijarse en los atentos y silenciosos caballeros, les dijo al fin con voz vibrante y algun tanto conmovida:

—Oid: hace algunos años que un hombre noble, rico y de carácter apacible, llegó á la corte del rey de Castilla: aquel hombre habia sufrido mucho, acababa de perder á su idolatrada esposa, y solo le quedaba de esta un recuerdo que era el único que podia compensar en algo tan dolorosa pérdida, dulcificando las amarguras de su corazon.

(Se continuará.)

LA LENGUA DE LA VERDAD.

ROMANCE HISTORICO.

El rey don Enrique cuarto con sus monteros cabalga: no dió al reposo sus sienes en la noche que pasara.

Tocando estuvo un latí; cantos tristes le agradaban: al lado del rey camina alegre la reina Juana.

Los sabuesos van al monte, remisos van y con calma: por do se quiere los llevan, aun no han sentido la caza.

A la reina desde lejos un caballero miraba: sembrando suspiros iba y recogiendo esperanzas.

Hasta las grutas de fieras, su estruendo el bronce dilata: suenan trompas y vocinas, los monteros se preparan.

Sienten los perros la presa,

la presa que tanto ansian, y se posan en los pies, mientras las manos levantan.

Aun á costa de sus cuellos, haciéndose atrás, se lanzan: pidiendo están que los suelten: sueltos ya, corren y ladran.

El rey su aljava ha cogido y el arco al momento embraza: tira al venado y le acierta: vuelve á tirar y lo para.

Estremécese el venado y ya los perros lo alcanzan:

entre perros y monteros terminan pronto sus ansias.

Con don Beltran de la Cueva están la reina y sus damas: en torno vuela el amor mientras miran, oyen y hablan.

Vuela amor tan silencioso, que el grato son de sus alas no se escucha por el viento que lo lleva á la montaña.

Los observa atentamente don Pedro Gomez de Lara: en su entendimiento, ha dias, arde la verdad callada.

Es anciano á quien el rey, cual á muchos, estimaba, y que cuenta á beneficios de su grandeza las dádivas.

"Señor, se acerca y le dice, mientras los brutos maltratas, quizá tu honor espirante con mudas voces te llama."

Airado lo mira el rey y el caballero se aparta; temor de perder la vida no sustituye á su audacia.

Nada le importa el vivir, ni el morir le importa nada: perdió su esposa y sus hijos: la soledad le acompaña.

Odio la muerte alimenta con lo que ve que se ama: es lo que mas quiere el hombre, lo que primero arrebató.

Esta vida mas que vida solo de la muerte es ansia: no digais "viví diez años: de vida esos diez me faltan."

Enseñado en la experiencia, sabe don Pedro de Lara que es el anhelar las dichas querer en el mar acacias.

Sus quejas con el silencio en sus labios se encontraban: nunca salieron sus quejas á sus ojos como lágrimas.

Terminó la cacería, macilento el rey estaba: tornó á su palacio y solo dispuso que lo dejaran.

No quiere, no, que le quiten la ocasion de su venganza; podrá la reina dolerse; podrán rogarle sus damas.

En su lecho se reclina y en su lecho no descansa: da mil vueltas y mil veces compone las almohadas.

Una vez y otra, con ira veloz el cuerpo levanta, y muchas mas el deseo á mirar á su ventana.

La luz de la luna cree

que es la luz de la mañana: á llamar va á sus criados pero al fin se desengaña.

Con una voz lastimosa, lastimosa aunque callada, al alba invocando está y no se apresura el alba.

Pero apenas la distingue del lecho al instante salta; y despierta á sus acentos al capitán de sus guardas.

Escribe cuatro renglones con ira reconcentrada, cual si pasase al papel una gran parte del alma.

Hace señas don Enrique al capitán, y ambos bajan á un jardincillo encantado, delicias del regio alcázar.

El rey con voz que quisiera que aun no escuchasen las auras, le comunica sus órdenes contra don Pedro de Lara.

En su obstinacion las súplicas del capitán se quebrantan: el viento esparce las sílabas en que van despedazadas.

Contra la feroz corriente de un imposible luchaba el capitán, con sus ruegos en favor de la desgracia.

Parte con gente escogida, mas no con gente esforzada: del anciano caballero entra en la indefensa casa.

De don Pedro se apodera, sus manos atrás amarra, y sus labios venerables sella con una mordaza.

El verdugo y sus ministros la víctima ya esperaban: la cabeza de don Pedro es al momento cortada.

Alguna plebe allí acude, la lengua el verdugo arranca, y en lo alto de la horca la sujeta en una escarpia.

Miran durante aquel día nobleza y plebe asombradas la lengua del caballero, á quien todos veneraban.

Un año entero allí estuvo al viento y al sol curada: engañóse don Enrique con su espantosa venganza.

Las palabras de don Pedro tuvieron ligeras alas: el rey no pudo jinsensato! detenerlas ni alcanzarlas.

Por las Castillas corrieron, corrieron por toda España: el rey con aquel castigo es quien publica su infamia.

A don Beltran de la Cueva llamó luego á la privanza: la adulacion de la corte su dicha solemnizaba:

Dicha que entró por sus puertas antes de entrar la esperanza: siempre han regado los hombres la flor que crece lozana.

Deléitanse en su hermosura, á su jardín la trasplantan, ignoran que es venenosa hasta que los hiere ó mata.

Todos buscan á la dicha y á los dichosos halagan: hasta las tiernas palomas van á las torres mas blancas.

Pero pronto sus venturas el deshonor amargara: la lengua del caballero silenciosa al vulgo habla.

Don Enrique una hija tiene: la *Beltraneja* la llaman: bando contra el rey se forma que en imájen lo degrada.

Para que no quede enhiesta la menor lanza contraria ni á vida algun enemigo, ni en pié rebelde muralla,

Su mancilla el mismo rey con su rúbrica declara: el derecho á su corona á sus hermanos traspasa.

Y en tanto que á don Enrique así el destino maltrata, encerrado en su ataud cruza don Pedro de Lara

De la muerte el negro mar sin peligro de borrascas: aguardando está á que llegue el ataud del monarca.

Quiere seguirlo hasta el puerto que es el fin de la esperanza, y ante la piedad de Dios prestarle su misma ancla.

No siempre, no, la verdad tiene el destierro por patria: con el hielo de la muerte mas alto las lenguas hablan.

Cuando el orgullo humillaren de la verdad las palabras, el hierro con que á sí mismo el hombre se hiere, apartan.

Si en las costumbres pusiere la lengua de un justo faltas; noblemente desmentirlo se puede con mejorarlas.

Así el que atrevido intenta contra la verdad venganzas, si en el polvo la sepulta, herida, en el cielo clama.

ADOLFO DE CASTRO.

EL ALCALDE RONQUILLO,

EPISODIO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES,

POR AMOCIL.

A. D. Federico del Olmo.

(CONTINUACION.)

Era una proclama del general Padilla, noticiando á su ejército y al pueblo de Valladolid el comienzo de sus operaciones contra el ejército realista.

Concebida en breves y enérgicos términos, concluía con estas significativas y vigorosas palabras, que dieron mucho que pensar á Ronquillo:

"Plegue al cielo, que ese alcalde para vosotros de memoria tan triste, me espere en Torre-Lobaton, siquiera sea en su homenaje, pues hasta sobre él os vengará Padilla."

—Sí, ven á buscarme en Torre-Lobaton, general de comuneros. Entre tanto, Cristóbal, no nos apuremos; las defensas del castillo son buenas; las pagas no van mal contadas; el pueblo da mas de lo que puede, que sigadando y venceremos. Vamos ahora á comer.

II.

EL PRISIONERO DE GUERRA.

Han pasado ocho días desde el en que vimos á Cristóbal de Mondragon en conferencia con don Rodrigo del Ronquillo.

Sucesos importantes han acaecido en la torre, que del poder de las tropas del rey y emperador ha pasado á manos de las acaudilladas por el general Padilla.

En honor de la verdad, debe decirse que la guarnicion del castillo hizo una valiente defensa, digna de soldados españoles.

Mas no era muy posible que resistiese con peores jefes al empuje terrible y unánime de los comuneros que rechazados tres veces sucesivamente en el asalto, no por eso perdieron los ánimos, sino que por el contrario, cobrando nuevos, arremetieron con mayor brio una cuarta vez. Entonces las tropas que defendian la primer cortina del castillo, sobrecogidas de espanto, cedieron, despues de corta resistencia, su posicion al enemigo. Dueño este de la primera línea, mientras que su artillería hacia un fuego horroroso por la parte del Norte, dando nuevas pruebas de arrojo asaltó la segunda línea de defensa, que así tambien fué tomada; pero no sin grande y dolorosa pérdida. En tanto que los castellanos de las provincias de Toledo y Segovia llevaban á cabo este glorioso hecho de armas, la compañía de vascos y los salamanquinos, despues de rechazar y batir en regla á una columna, que para explorar el campo habia destacado de Tordesillas el general en jefe conde de Haro, arremetieron por la brecha que la artillería habia practicado, y antes de pasada una hora, la bandera de las comunidades coronaba los torreones todos del castillo.

El comandante de la fortaleza, mas atento á la conservacion de su propia persona, que á la salvacion del fuerte estuvo durante la lucha presenciándola en lugar seguro desde una ojiva. Mas así que vió pronunciada la victoria del enemigo antes de correr las contingencias de un sitio, salió con toda calma hacia la villa que aun no habian ganado los comuneros, principalmente ocupados en la toma de la torre, luchando con la cual estaban dos dias consecutivos. Burlada la vigilancia de Padilla el alcalde Ronquillo se sostuvo en la villa hasta la noche, y al cerrar esta, á favor de sus sombras, se fugó á los reales de Carlos, dirigiendo una grosera imprecacion casi mental y apenas oida de sus acólitos, á los vencedores.

A la hora en que nosotros introducimos á nuestros lectores en el castillo es dueño absoluto de él el ejército comunero, desde el homenaje al foso y el general Padilla redobla su actividad y diligencia para curar á los heridos de ambos campos, reponer las fortificaciones lastimadas y ocurrir á la ulterior defensa de la posicion conquistada.

Entre los que mas se habian distinguido por su arrojo y destreza, contábase nuestro conocido Cristóbal, cuya juventud y valor no pasaron desapercibidos á los ojos del vencedor.

Encargado de la defensa de uno de los cubos exteriores, el novel guerrero defendió bizarramente su posicion hasta tal punto que, aun viéndose solo, pues sus soldados los que no murieron abandonaron su puesto, cediendo á la fuerza del enemigo, continuó peleando en lucha abierta contra los comuneros que habian ya escalado y tomado el cubo.

Solo una herida grave pudo hacerle ceder; pues el dolor y la sangre le arrebataron las fuerzas y cayó al parecer exánime en brazos del jefe del peloton enemigo.

Era este un guipuzcoano, Juanes de Echevarría Goicoa, de Elgoibar. Mozo tan valiente como generoso, no pudo menos de conmovirse en vista del espectáculo de abnegacion y ardor que les daba aquel tierno mancebo. Por eso cuando ya segunda vez un comunero iba á descargar su espada sobre Cristóbal y á dejarle indudablemente sin vida, Juanes, con la fuerza hercúlea que poseía, detuvo el brazo del agresor, y recogió el herido, interesándose íntimamente en su vida.

Pasado el fragor de la pelea, los quejidos de los moribundos y las primeras impresiones de una conquista, Padilla que desde antes de mandar el asalto, habia impuesto á sus tropas el que tratasen con el mayor esmero y delicadeza á los prisioneros y particularmente á los heridos, lo que así se hizo, quiso por sí mismo visitar y enterarse del estado de unos y otros, y disponer los medios de aliviar y endulzar en lo posible su suerte.

Ya para entonces Juanes de Echevarría Goicoa le habia informado de la heroica defensa del joven Cristóbal. Padilla que era de corazon muy bueno, prodigó á Cristóbal en su lecho consuelos á que solo podrian exceder los de una madre cariñosa.

La primer pregunta que Cristóbal hizo al despertar de su delirio, fué la siguiente:

—Y Ronquillo ¿dónde está?

—En el real del conde de Haro sin duda, apresuróse á contestar Juanes. Mientras vosotros aquí, por ser incautos, perdiais una vida digna de consagrarse al triunfo de mejor causa, él sin arriesgar nada, esperaba el resultado de la lucha; si la victoria era vuestra, una arenga dirigida despues de acabados la pelea y el peligro, le habria grangeado honores y ventajas en la carrera, pero si, como ha ocurrido, la suerte se mostraba contraria, ya tenia preparados los medios de una segura evasion. Así, cuando nosotros tomamos posesion del cuerpo principal del castillo, habian desaparecido el alcalde Ronquillo y todo su estado mayor.

—¡Ah! no me esperaba yo eso de quien tan buenas palabras tuvo para incitarme á la lucha.

—Jóven, repuso Juanes, ¿quereis decirme de dónde sois.

—De Mondragon, en la provincia de Guipúzcoa.

—¿De Mondragon? contestó con viveza Juanes; sois en ese caso paisano mio, ¿y de qué familia?

—De la que lleva igual apellido que la villa, dijo en voz quejosa Cristóbal, á quien en aquel momento al parecer doliamucho su herida. Y añadió despues de una pausa ligera, exigida por el dolor:

—Huélgome mucho de hallar en esta triste situacion por enfermero un paisano, que tan bien comprende los deberes de un hombre para con su prójimo, aun siendo este su enemigo y prisionero.

—Mondragon, no podeis formaros ni aun idea aproximada de la impresion que en mí han causado vuestras palabras, al recordarme el nombre y los sentimientos de la patria. Siento en el alma veros prisionero, por haber defendido una causa funesta, que tan mal cuadra al libre y franco carácter del montañés vascongado como á vuestros honrados sentimientos. Tengo que daros una triste noticia, que crece en tristeza al ponerse en conocimiento de un campeón realista. Conozco á vuestra familia perfectamente y á vos de nombre tambien. Vuestro tío y vuestro padre, fanáticos y egoistas, perdonadme esta calificacion hija del fervor de mis contrarias doctrinas, os han sin duda conducido á este trance, interpretando torcidamente vuestros alientos. Pero vos teniais un pariente caballero de gran valor y mucho corazon, á quien profesábais alta estima.

—Así es; Gonzalo de Baraona.

—Pues ese Gonzalo de Baraona, tan noble de corazon como entendido y bizarro soldado, tan gallardo de cuerpo como hijo respetuoso y padre modelo, ha dejado de existir. Ha muerto decapitado en la ciudad de Vitoria, por crimen de *lesa majestad*, por haber defendido los derechos del pueblo español, cuyo fiero orgullo ha sido ultrajado por la avarienta ambicion y altivo desprecio de flamencos y tudescos.

Nada dijo Cristóbal, porque nada podia decir en la posicion de ánimo en que se encontraba. Escaso en fuerzas físicas, las pocas que le quedaron las perdió al saber la triste suerte de su amigo y pariente.

Juanes comprendió toda la intensidad del dolor de Cristóbal y se apresuró á prodigarle, de acuerdo con el médico, los auxilios necesarios.

Pasó el letargo, y al cabo de dos horas comenzó á reanimarse el enfermo. Vuelto al uso de la razon, al acordarse de las palabras de Juanes y viendo á este echóse á llorar la muerte de Baraona, pero con el lloro sublime y severo en que deplora un padre recto y grave en sus procederes los extravíos de un hijo atolondrado.

Juanes, el médico, Padilla y los diferentes oficiales que rodeaban el lecho, respetaron el dolor del jóven y en lo íntimo de su alma se asociaron todos á él.

—¡Pobre Gonzalo! exclamó al fin. Y esta exclamacion concisa y sentida tuvo mas valor que las ruidosas manifestaciones de dolor, á que otros se entregan, sin duda con el objeto de interesar en sus duelos á la sociedad.

Luego de repuesto, suplicó Cristóbal á todos los circunstantes que tuvieran la bondad de dejarle á solas con Juanes por media hora nada mas.

Nadie opuso reparo alguno, y salieron conforme á los deseos del enfermo. Este, tomando la mejor postura posible en el lecho, comenzó ha hablar así:

—Me inspirais gran confianza y simpatía, capitán, y voy á confiaros un secreto íntimo de mi vida, que solo pudiera depositarse en el pecho de un compatriota de tan nobles sentimientos como vos. Voy á contaros una historia, que os hará comprender cuánto siento la muerte de Baraona, y mucho mas, por haber combatido en las filas del despotismo extranjero.

(Se continuará).

Solucion del geroglífico anterior.

Mano sobre mano como moza de escribano.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

